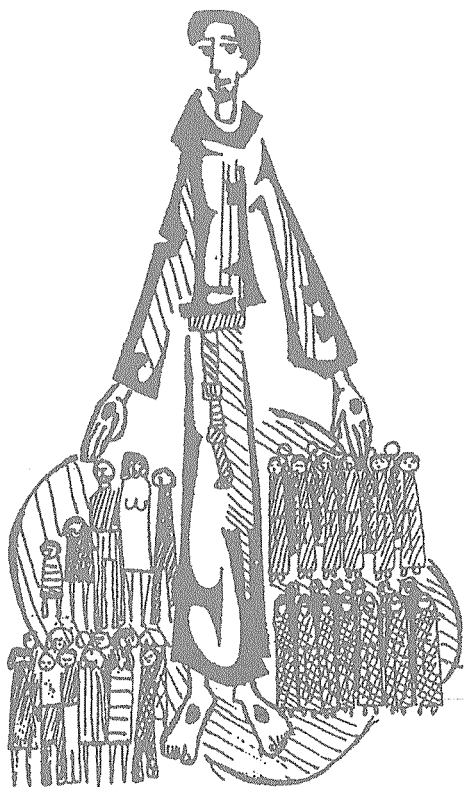


# EL SEÑOR ME DIO HERMANOS



**JULIO MICÓ, OFMCap.**

**5**

HERMANOS MENORES CAPUCHINOS  
COMISIÓN DE PASTORAL JUVENIL Y VOCACIONAL de la CIC  
VALENCIA 1993

## **EL SEÑOR ME DIO HERMANOS**

El Evangelio, como utopía realizable de esa nueva vida que nos ofrece Jesús , puede quedarse en un proyecto etéreo si no se materializa en las formas ordinarias que los humanos tenemos para ser y expresarnos como hombres. Las propuestas de Jesús son para ser vividas, en cada momento histórico hay que traducirlas a los esquemas estructuras sociales que las hagan posibles.

Uno de los valores fundamentales del Evangelio es el amor a los demás, la fraternidad. El amor que Dios tiene a cada persona fundamenta la experiencia del amor fraterno. Si Dios quiere a todos, incluso a los ingratos perversos, el amor cristiano deberá hacerse extensible incluso a los enemigos.

La fraternidad proclamada por Jesús se concretó, al menos como tarea, en las primeras comunidades cristianas. La comunión de corazones y el compartir los bienes aparecen no sólo como características de la comunidad de Jerusalén, sino como ideal para los cristianos que en futuro entran a formar parte de la Iglesia.

La fraternidad, como trama de relaciones mútuas donde se concreta de una forma real el amor de unos a otros, tiene en cada época su modo de estructurarse. Los monjes entendían su fraternidad a partir del modelo estático y sedentario de la comunidad de Jerusalén. La sociedad feudal, que les aporta las estructuras, será matriz de un amor jerarquizado y vertical donde las relaciones con los iguales o no existen o están ritualizadas.

Pero a la fraternidad monástica acompañó, a partir del siglo XII, otro modo de sentirse hermanos, fruto de los cambios sociales y políticos. Los nuevos grupos religiosos, por apoyarse en estructuras socioculturales caracterizadas por relaciones de solidaridad y horizontalidad, buscarán su modelo apostólico en la comunidad de Jesús enviada en misión.



## **1.-VIVIR EN FRATERNIDAD**

En el proyecto de conversión de Francisco no aparece que entrara el formar un grupo de penitentes empeñados en seguir el Evangelio,. El sabía descubrir el Evangelio como forma de vida no era una conquista que podía apuntar en su haber, puesto que sólo el Espíritu del Señor es capaz de abrirnos los ojos y el corazón a esa voluntad amorosa del Padre, manifestada en Cristo , de transformar las relaciones humanas desde su raíz para que el hombre pueda vivir de una forma nueva. Por eso lo consideró siempre como una concesión del Señor que le permitió vivir abierto, siguiéndole a El en el camino de humanización que Cristo había realizado.

Si no somos capaces de descubrir el Evangelio como plenitud humana más que con la ayuda del Espíritu, tampoco podremos encontrar la forma concreta de realizarlo si no es con su ayuda. La Fraternidad no es fruto de nuestra iniciativa sino un don que nos concede Dios.Francisco lo experimentó a través de su vida, y al releer al final de ella todo su camino de gracia nos dirá que fue el Señor el que le concedió hermanos. Es decir, que el mismo Señor que le llevó por el camino del Evangelio le inspiró también el vivir-

lo de una forma adecuada a las exigencias del Reino: en Fraternidad.

La Fraternidad supone la convicción de que todos somos hermanos, no solamente por ser iguales en dignidad, sino porque nuestras relaciones están fundadas en el Jesús hermano, Hijo del Padre. El Espíritu es el que nos dice que la humanidad no es sólo una unidad biológica, y por eso hermano, sino que razón de su fraternidad es por hundir sus raíces en el mismo Padre, que nos ama y nos espera para reunirnos todos en la plenitud de una familia.

Creados a imagen de Dios-Trinidad, los hermanos estamos llamados a reproducir estas relaciones de amor a partir de nuestras diferencias. Indudablemente hay que ser realistas a la hora de trabar nuestras relaciones fraternas, pero la realidad no se agota en nuestras propias limitaciones. Estas son sólo el comienzo de un camino que debe mirar y desembocar, al menos como intención, en las relaciones de amor que constituyen la realidad de Dios.

En Jesús se nos manifiesta y hace presente el amor familiar de Dios. Su ser de Hijo es testigo de que el amor del Padre que lo engendró es también el que nos ha creado a nosotros, haciéndonos hijos; por eso dejó su Espíritu para que nos recuerde y posibilite que, al haber salido todos de las manos y del corazón del Padre, nuestra humanidad sólo florecerá en la fraternidad.

Pero la Fraternidad es algo más que una comunidad. Ser hermano no es sólo existir en el seno de un grupo. La fraternidad se realiza a través de las relaciones recíprocas de cada con cada uno; por lo que el principio básico que constituye y cohesiona la Fraternidad es, pues, la reciprocidad. Francisco no sabe conceptos abstractos, como puede ser "la fraternidad". Francisco habla siempre de hermanos y de lo que, como tales, tienen que hacer unos con otros.

Así, pues, somos hermanos para ayudarnos en la realización del proyecto evangélico por el que hemos optado como forma eficaz de entrar en la dinámica del Reino. De ahí que esta preocupación mútua no se deba quedar en un falso espiritualismo, sino que deba abarcar la totalidad de la persona; un amor eficaz que no se puede reducir a palabras sino que tiene que traducirse en hechos.

Contrariamente a lo que sabemos entender , el gran amor fraterno no se expresa tanto en el dar como en el recibir, ya que podemos ir hacia los demás desde nuestra propia autosuficiencia y ofrecer el amor como una limosna. Sin embargo cuando se ofrece desde la confianza o la menesterosidad es más difícil enmascarar el amor que sentimos por el hermano . De ahí que en un grupo de iguales, como es la Fraternidad, no tenga sentido la ayuda hecha de forma condescendiente, que nos sitúa por encima del otro, ni el sentimiento de humillación por tener que pedir ayuda a los demás.

Todo esto lo admitimos de forma teórica, pero en el fondo pensamos que un hombre no tiene por qué depender de nadie sino que tiene que demostrar por sí mismo de lo que es capaz, Por eso, aquel que se queda atrás, el que no puede triunfar por sí mismo, es un fracasado. Sin embargo esta actitud es antievangélica, puesto que el mismo Jesús recibe del Padre su ser de Hijo.

Francisco concretó esta necesidad de amar desde la igualdad, desde el servicio menor, tejiendo una Fraternidad que cubriera las necesidades básicas del amor en todos los niveles, psicológicos y materiales. Para satisfacer estos últimos está el trabajo y en caso de no pagarles, la limosna. Pero no sólo de pan vive el hombre, sino que necesita también sentir saciada su afectividad.

Cuando Francisco habla de las responsabilidad afectiva de los hermanos lo hace de una forma muy clara: “ En cualquier lugar donde estén y se encuentren unos con otros los hermanos, compórtense mutuamente con familiaridad entre si. Y exponga confiadamente el uno al otro su necesidad, porque si la madre nutre y quiere a su hijo carnal , ¿ cuánto más amorosamente debe cada uno querer y nutrir a su hermano espiritual”?

Todo en la fraternidad debe estar en función de los hermanos, puesto que cada uno crece en la medida en que ayuda a crecer a los demás. Pero donde mejor se muestra el amor profundo y desinteresado es el servicio a los enfermos. El que ama a su hermano enfermo más que cuando está sano es que ha comprendido que las personas no son ningún medio para que nos sirvamos de ellas y las utilicemos. El enfermo, por cuanto nos necesita, se convierte en el centro de atención de la Fraternidad.

En el amor a los enfermos Francisco parte, como en otras ocasiones, de la realidad. Es el hombre concreto, con todas las circunstancias que rodean al enfermo, al que hay que amar. Por eso insiste en la delicadeza con que se les ha de tratar, proponiendo una meta evangélica que, por evidente, no ha de ser menos eficaz: Servirles de la misma forma que a nosotros nos gustaría que nos sirvieran.

En la Fraternidad hay que admitir con lucidez que no se trata de un grupo de perfectos sino que todos, en mayor o menor medida, tenemos fallos y debilidades. Es decir, que la psicología humana, tan complicada ella, no se sana por el hecho voluntarista de querer vivir con honradez unas relaciones fraternas más abiertas y humanizantes. Siempre quedan zonas oscuras que se resisten, voluntaria o involuntariamente, a ser iluminadas y que, por tanto, constituyen la cruz del individuo y del grupo.

La primitiva Fraternidad es un ejemplo de la diversidad de caracteres y niveles que conforman el grupo, a pesar de tener un mismo objetivo. Los primeros fervores de conversos podían paliar las deficiencias y los enfrentamientos a causa de la diversidad de temperamentos; pero con el tiempo y la inclusión de la rutina en sus vidas, era imposible ignorar que existían y que había que darles una solución.

Francisco era consciente de estas limitaciones personales, y en su organización de la Fraternidad pone en guardia sobre los peligros que pueden amenazar sus relaciones fraternas; una serie de miserias humanas que forman parte de la realidad y que, por tanto, no se pueden evadir para no tener que esforzarse en superarlas. Hay que plantearlas con claridad y no reservarlas para ese oscuro material que alimenta las críticas, pues entonces no se está amando al hermano ni se le intenta acoger. Y en la Fraternidad todos tenemos necesidad de ser acogidos como expresión de que el Padre nos acoge en Jesús.

Una de estas situaciones en las que se pone a prueba el amor fraterno es cuando un hermano peca. Es decir, cuando su actitud es incoherente con la opción de vivir el Evangelio. En tal caso el amor desaconseja el enfado y el chismorreo inútiles, ya que lo eficaz es ayudarle a percibir la situación, no colocándose en una



posición de juez, sino de hermanos interesados en que el problema se resuelva en bien de todos .

La realidad con la que debemos contar es que todos somos pecadores y, por tanto, inclinados al mal. Y no de una forma superficial, sino que nuestra maldad sale de dentro, del corazón del hombre. Por eso el amor fraterno tiene que ser vigilante para que podamos realizar el proyecto evangélico que hemos prometido al Señor.



## **2.-HERMANO DE TODOS**

Las relaciones fraternas no se reducen al ámbito de la Fraternidad sino que van mucho más allá. Bien es verdad que Francisco trató de realizar en ella lo que Jesús anuncia como novedad del Reino. Es decir, que la humanidad puede tomar un rumbo nuevo si es capaz de relacionarse de una forma más solidaria. Cristo resucitado ha roto todas las barreras que existían entre los hombres, y su Espíritu es testigo eficaz que esa igualdad ante Dios se lleve a término en el entramado social. Por eso no tiene sentido dividir a los hombres en clases y estamentos, ya que todos somos iguales por haber nacido de las mismas manos y estar destinados a formar la misma comunidad; pero, sobre todo, porque el amor de Dios es el mismo para toda la humanidad .

Si, como he dicho, Francisco desplegó de una manera inmediata y concreta en la Fraternidad este tipo de relaciones evangélicas, también es verdad que las clarisas vivieron ese mismo espíritu fraterno con su matiz femenino y enclaustrado. De Sta. Clara se dice que por las noches se levantaba para tapar a las hermanas y protegerlas del frío.

Sin embargo, la Fraternidad de los célibes no era la única posibilidad. Grupos de penitentes casados trataron de plasmar en su vida familiar y social esta nueva dimensión del Reino, donde la dignidad toma formas fraternales e igualitarias. En una Carta a todos los fieles, Francisco les invita a poner en práctica el principio evangélico del amor fraterno: amar a nuestros prógimos como a nosotros mismos.

Pero él sabe por experiencia que la fragilidad humana es impotente para asegurar este precepto de Jesús. El egoísmo radical del hombre ha hecho de la historia humana una historia de insolidaridades. Por eso Francisco, conocedor de la fuerza que tiene el “ego” personal de convertirlo todo en fin de sí mismo, les insinúa que, si alguno no quiere amarlo como así mismo, al menos no les haga el mal, sino hágales el bien.

Da la impresión que Francisco no se hacía demasiadas ilusiones respecto al hombre, sobre todo si reechemos el mito de Adán y Eva. Pero esta rebelión no es capaz de borrar la verdadera identidad del hombre, puesto que éste sólo puede hacerlo Dios, y ese amor creador no cesa de fluir a pesar de la realidad del pecado. De ahí que Francisco crea en el hombre, no tanto por lo que es capaz de hacer, sino por lo que Dios es capaz de hacer por él; es decir, por nosotros: fundar nuestra dignidad en su amor.

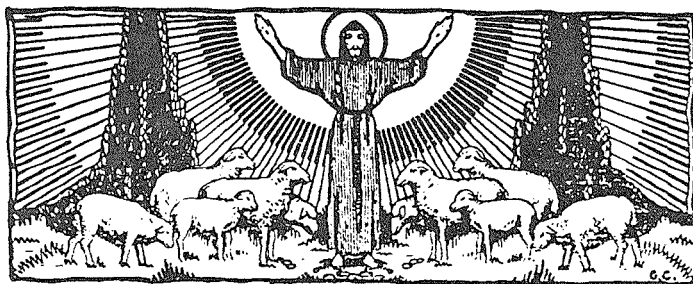
El hombre, por tanto, no debe, no puede ser un lobo para los demás, Hay que convencerse que los demás no son una amenaza, sino ayuda en nuestro camino de realización. Esta confianza fundamental en el hombre, como ser amado por Dios, es lo que llevó a Francisco a salir al encuentro de todos con el corazón en la mano, seguro de que en el fondo el hombre no es tan fiero como lo pintan, sino que adopta esa actitud como escudo para defenderse de su inseguridad.

En este sentido su camino hacia el encuentro del hombre, para convertirlo en hermano, traspasa todos los límites y barreras que los humanos hemos levantado. Si la Iglesia había puesto murallas a la cristiandad, Francisco las atraviesa buscando a los “sarracenos y otros infieles” para reconocerles su dignidad y ofrecerles la propia fe como el mejor regalo que podía hacerles.

Igualmente, la sociedad había plantado sus propias vallas separando ricos y pobres, sanos y enfermos, hombres de bien y malhechores. Francisco tratará de allanar esas barreras acercándose a todos, pero de una manera especial a los que sufren porque se les ha arrebatado su dignidad de hombres. Así, no evita el trato con los ricos, pero su preferencia es por la gente de baja condición y despreciada, por los pobre y débiles, por los enfermos y leprosos, por los mendigos de los caminos.

Admite la ley como forma de organización social, pero considera a los marginados por ella, ladrones y salteadores, como hermanos que todavía conservan su dignidad de hombres y, por tanto, su derecho a ser atendidos como tales. La historia de los ladrones de Monte Casale es un ejemplo tan sublime de apertura fraterna hacia los marginados, que podemos convertirla en utópica para no tener que aceptar el reto evangélico de fraternidad que nos plantea.

El amor a los demás no puede ser interesado ...La prueba más clara de ello está en el amor a los enemigos. Francisco sabe que la proclamación del Evangelio va a despertar la enemistad del mal que todos llevamos dentro. Pero, aún así, el enemigo sigue siendo digno de ser amado por Dios y por lo tanto, de nosotros.



### **3.-HERMANO DE LAS CRIATURAS**

La Fraternidad, para Francisco, no se agota en las personas . También las cosas han salido de las manos y del corazón de Dios,por lo que mantienen parentesco con los hombres. Esta certeza fontal de que todas las cosas vienen de Dios y se mantienen en su amor creador que llamamos providencia, es la que llevó a Francisco a experimentar a todas las criaturas como un don.

A Francisco se le conoce por su amor y respeto a la naturaleza, hasta el punto de estar de moda como prototipo ecológico. Sin embargo su visión de la naturaleza, como hombre medieval , era muy distinta de la nuestra. De él dice que gozaba viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento ; sentía ternura por los gusanillos y los apartaba del camino para que no los pisaran. Hacía que las abejas les sirvieran miel o buen vino en invierno para que no murieran de frío. Estallaba de alegría al contemplar la belleza de las flores, la galanura de sus formas y la fragancia de sus aromas. Y, al encontrarse en presencia de muchas flores, les predicaba, invitándolas a alabar al Señor, como si gozaran de razón. Y lo mismo hacía con las mieses y las viñas, con las

piedras y las selvas, y con todo lo bello de los campos, las aguas de las fuentes, la frondosidad de los huertos, la tierra y el fuego, el aire y el viento, invitándoles a que permanecieran fieles en su amor al Señor. En fin, a todas las criaturas las llamaba hermanas, como quien había llegado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios y podía penetrar hasta el corazón de las criaturas.

La relación de hermandad que liga a Francisco con todo lo creado no proviene de su visión poética, ni de lo que hoy llamaríamos sensibilidad ecológica. Si Francisco llama hermanas a las criaturas es porque ha experimentado que el sustrato del que nacen y en el que hunde sus raíces el hombre y las cosas es el mismo; es decir, Dios. Su percepción es, por tanto, teológica, puesto que el lazo fraternal que nos une con los restantes seres no es la simple naturaleza biológica, sino el tener un mismo Creador.

En este sentido hay que interpretar la relación de Francisco con la naturaleza. Por considerarlas como criaturas hermanas no dispone de ellas como dueño y señor, sino que convive con ellas aprovechándose de su transparencia para sentirse religado con su Creador, pero respetando siempre su propia autonomía. El que Dios haya puesto al hombre en medio de la creación no le da derecho a dominarla de forma despótica; el ocupar ese lugar privilegiado lleva consigo la responsabilidad de humanizar la creación, usando, pero no abusando, de las cosas.

Actualmente la ecología está de moda y el respeto civilizado a los demás, también; pero de ahí a creer que la fraternidad está en la base de esta valoración de las personas y las cosas, media un abismo. La fraternidad es un valor en baja porque muy pocos creen que se pueda realizar.

La creencia de que la fraternidad es una utopía fantástica, cada vez más extendida en nuestro contorno cultural, parte del supuesto de que la humanidad es un rebaño de violentos que están juntos y no se atacan porque se lesionan a sí mismos. Es decir, que el viejo axioma "el hombre es un lobo para los demás hombres" sigue vigente para entender y explicar las relaciones humanas.

Nuestro proyecto de hombre, es verdad, ya no puede construirse con los elementos antropológicos que utilizó Francisco en

su tiempo. Pero los valores evangélicos que subyacen al concepto de Fraternidad que Francisco no dejó, pueden y deben recrearse en formas nuevas para que podamos ofrecer a la sociedad nuestro modelo de hombre como ser de relaciones que no se basa en el miedo sino en la confianza de unos con otros.

En convencimiento de que nuestras relaciones personales no se inscriben en la estrecha franja biológica-animal- sino que provienen y están destinadas a realizarse en el marco familiar del Dios-Trinidad, cambia por completo la perspectiva y la confianza en la cualidad societaria de los hombres.

La Fraternidad, después de Jesús, ya no es una ilusión sino una utopía llamada a hacerse realidad. Francisco percibió esta posibilidad y trató de ponerla en práctica, llegando al hermanamiento no sólo con los hombres sino con las restantes criaturas. Para nosotros, los que seguimos o queremos seguir su carisma, el vivir y ofrecer a los demás una Fraternidad evangélica se convierte en tarea y reto a la vez.

